



ASFIXIA

Mario Said Silvera

ASFIXIA



Primera edición: julio de 2020

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Mario Said Silvera

ISBN: 978-84-18250-14-9

ISBN digital: 978-84-18250-15-6

Depósito legal: M-8870-2020

Editorial Adarve

C/ Ros de Olano 5

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*A los que aún creen que se puede vivir en un mundo
mejor, sin hambre y sin guerras, y luchan todos los días
para conquistar esa utopía.*

I

La mujer yacía sentada bajo el atrio, con la cabeza medio inclinada sobre las rodillas. Sostenía el mentón sobre el cuenco de ambas manos, y por el efecto de sus cabellos en desorden, lo único que se le veía del rostro eran los ojos. Estos eran de un azul intenso, y estaban sumidos en profunda tristeza. Las lágrimas que habían pasado por ellos, sin embargo, se habían evaporado en el trascurso de la tortuosa espera.

De los dos hombres que arribaron a su encuentro, uno era joven y espigado. La primera impresión que se adquiría al verlo, era que no tenía ningún tipo de experiencia en esta clase de eventos. Esto se notaba en sus mejillas, que habían pasado en pocos segundos, del tono rosa a uno extremadamente pálido. Sus ojos se veían ahora inquietos. Iban del rostro de la mujer a los de su compañero, sin afincarse en ninguno de los dos.

Se quedó inmóvil, este joven policía, frente a la mujer sentada en el atrio, mientras el otro, el policía mayor, que era bajo y de vientre algo esférico, entraba a la casa con un aire de decisión prusiana. No tardaría esta expresión, sin embargo, en disiparse abruptamente.

No habían pasado dos minutos, cuando su figura volvió a recortarse en el umbral. El policía joven no recordaba haber visto a

su superior tan pálido como en esta ocasión. Lo sabía un hombre de flema, acostumbrado a desenvolverse en todo tipo de circunstancias adversas; sin nunca trasuntar ningún tipo de aprensión. Pero esta vez... ¿qué podía haber visto, para que de pronto, su proverbial entereza se viniera de pronto al suelo? ¿Qué escena habían contemplado sus ojos, para que sus ademanes, otrora desenvueltos, se esfumaran repentinamente de su cuerpo y de sus emociones?

El joven se olvidó de pronto de la mujer, y de la obligación que tenía como policía, de custodiarla, para enfilarse rápidamente al encuentro de su jefe. Este intentó detenerlo, poniéndole una de las manos en el pecho, pero este gesto no fue suficiente para el ímpetu de su juventud. Poseía la curiosidad que dan los pocos años, y este atributo le permitió eludir el brazo que pretendía detenerlo, y de esta forma ingresar en el interior de la casa.

Ahora iba a conocer por fin la causa por la cual la mujer había llamado a la policía. Es más, iba a comprender el motivo por el que la misma estaba sentada en el primer escalón del porche, con la mirada pedida, y sin una mísera fibra de vida latiendo en su interior.

Entrando, lo primero que pudo advertir, fue que estaban todas las luces de la casa encendidas. ¿A qué obedecía semejante e innecesario despliegue lumínico? Enseguida obtuvo una respuesta. La misma vino de su propio fuero íntimo; de su mente que pareció susurrarle: «Están encendidas, porque así lo ha querido la voluntad de la moradora de la casa. Tal vez piense que, de esta forma, se sentirá menos sola y atemorizada».

La ficción inventada por aquella mujer, no parecía ser otra que la de intentar ahuyentar las sombras que la rodeaban. Pero esta era una empresa bastante difícil de conseguir. La angustia que sentía en el corazón conspiraba contra el desarrollo de la misma. Pero ¿qué era, en tanto, lo que le había provocado tanto miedo? Qué horror se había gestado allí dentro, que, para intentar disiparlo, la moradora de aquel lugar, parafraseara desesperadamente a Goethe: «¡Más luz!», parecía decir. Entonces fue que el joven policía vio lo segundo: ¡Sangre! ¡Sangre por todas partes! Tan generosamente

distribuida por toda la casa, como la luz. Sangre y cuerpos. Estos, eran tres. Uno correspondía a un hombre de mediana edad. Los otros dos, a un par de adolescentes, ambos de distinto sexo. Todos ellos habían sido acribillados a balazos, sin ninguna piedad, y yacían sin lugar a dudas muertos.

II

Ahora estaban los dos policías frente a frente, y no sabían siquiera qué decirse. La escena presenciada había enmudecido a ambos, y todo lo que hacían era mirarse. Finalmente, el más bajo y veterano decidió actuar. Se acercó a la mujer, y con voz algo temblorosa le preguntó:

—Señora, ¿hizo usted... *eso*? —y señaló con un ademán hacia el interior de la casa.

La mujer no contestó, prosiguió sentada en el primer escalón del porche. Su posición ahora, era casi fetal. Había hundido la cabeza en la falda, rodeando con los brazos sus pantorrillas. El policía bajo, insistió. Le tocó la cabeza con algo de aprensión y volvió a preguntar:

—¿Lo hizo, señora? ¿Lo hizo?

Necesitaba una respuesta. Y si era posible que esta fuera negativa. La misma lo liberaría de aquel espanto, y de paso, soltar el resuello que llevaba dentro desde el preciso instante en que abandonó la casa.

—¡Señora!

Debajo de la palma de su mano, se produjo por fin un movimiento. Era de la cabeza de la mujer. El policía sintió un escalofrío,

mayor aun que el que había sentido al contemplar la horrorosa escena en el interior de la casa. La palma se le tornó sudorosa. ¡La mujer estaba asintiendo! El policía cambió ahora repentinamente de actitud. Dio un paso atrás. Se miraba la palma de la mano, como si con ella acabara de acariciar un reptil.

—¡Renzo! —bramó.

—¡Sí, señor!

—¡Esposála!

El joven lo miró como preguntándole por qué no lo hacía él. El gordo bajó la mirada, ¿qué temía? ¿Acaso que el joven leyera una respuesta en ellos? ¿Qué encontraría allí? ¿Lástima? ¿Ira? ¿O el temor casi lógico de acercársele a aquella mujer? Si esta había sido capaz de hacer aquello...

—Póngase de pie, señora —dijo ahora el llamado Renzo, y luego, con tono apenas audible, procedió a leerle sus derechos.

La mujer obedeció. Lo hizo sumisa y despaciosamente, descruzando los brazos de sus pantorrillas, y llevándoselos hacia atrás sin que nadie se lo pidiera. Este ademán era un corolario a su confesión. Ofrecía voluntariamente sus muñecas para que el policía joven se las pudiera anudar con un par de esposas. Con esta misma pasiva actitud, subió luego al patrullero, acurrucándose en el asiento trasero. A través del retrovisor, el policía joven la vio retornar a su primitiva posición del porche. Desde allí la contempló. ¿Qué edad tendría? Unos cuarenta y cinco, tal vez cincuenta años. Esta sería aproximadamente también la edad de su esposo muerto. ¿Y la de sus hijos? El pensar en esto, lo distrajo un poco al policía joven, y la maniobra que tuvo que hacer para enderezar el coche, despertó a su jefe del letargo en que estaba inmerso.

—¡Ey, muchacho! ¿Qué es lo que estás haciendo?

—Perdón. Por un momento me distraje. Estaba pensando...

—No pienses en nada —le atajó el policía bajo—. Limitáte a conducir.

El joven miró por el rabillo del ojo, y esto le permitió observar, además de la rusticidad característica del rostro de su su-

perior, rastros emocionales del impacto recibido por haber sido testigo de una escena tan atroz. Aún navegaban por el rostro del policía mayor, algunas perlas de sudor. Y no las había generado el calor, precisamente.

Muerta la posibilidad del diálogo, al policía joven no le quedó otra alternativa que la de enfrascarse en sus pensamientos. Lo necesitaba como desahogo. De no haber sido un policía, ya no estaría allí. Estaría corriendo como un loco por las calles de la ciudad. ¿Qué clase de monstruo llevaban allí atrás? ¿Qué fibras que no durmiera la locura, se necesitaban tensar, para despachar a todos los de su misma sangre, y luego arrellanarse en un asiento, en silencio, como si nada hubiera pasado? Ya fantaseando con su imaginación, el joven se dijo: «Quizás descubrió que su marido tenía otra», pero ¿cómo? ¿Era acaso posible que un simple adulterio terminara desatando semejante carnicería? No. Quizás había descubierto algo aún peor. Pensó en la muchacha. Otra de las víctimas. Sí. Podía haber sido eso. ¿Una monstruosidad precediendo a otra? Pero ¿por qué al muchacho? ¿Por qué asesinarlo también a él?

III

La cara que en toda su plenitud no habían podido ver los policías que la habían detenido, afloraba ahora con amarga nitidez, para que los ojos inquisitivos de un juez de instrucción, así la contemplaran. ¿Qué había de particular en ella, para corroborar que no se estaba ante la presencia de una persona, sino frente al más vil de los monstruos existentes? Cualquiera que no estuviera enterado de lo que había hecho, no habría tenido ningún prurito, en sentarse y departir con ella. Hasta la hubiera creído una mujer indefensa, porque esta era la impresión que ofrecía en una primera instancia. Sus ojos, luego de haber vertido un mar de lágrimas, yacían apagados. Vestigio de esto, era la aureola de enrojecimiento que los envolvía, pero que se iba disolviendo lentamente, con el paso de las horas. A estos ojos, sin embargo, los animaba un brillo inquieto; una especie de lucecita de alerta. ¿Significaba que sentía temor? ¿De qué cosa o de qué personas? ¿Y esto podía ser posible? ¿Podía acaso temer a alguien, quien, con tamaña sangre fría, y en un raptó de furia incontrolable, se había desembarazado de sus familiares más cercanos?

Al juez no parecía guiarlo la impasibilidad. No era la primera vez, ni tampoco sería la última, en que en razón de su oficio tenía

que vérselas con un ente así. La salvedad, es que el de esta ocasión, no respondía, ni por apariencia ni por actitud, al engendro que los hechos pregonaban. Semejaba más una madre angustiada; una madre que ha perdido a sus hijos. Esta angustia no se le notaba mucho, sin embargo, debido a que lo tremebundo de los hechos, parecía haber maniatado todas sus emociones.

Fue respondiendo a cada pregunta que se le hacía, con un asentimiento de cabeza, o moviendo esta de un lado a otro, cuando estas mismas preguntas requerían de una respuesta negativa. Cuando llegó el momento de explayarse, porque así lo demandaba el tenor de los interrogantes, la mujer optó por hacer algo curioso. Tomó una lapicera que el magistrado tenía sobre el escritorio, y en una hoja que estaba allí, escribió concisa y misteriosamente: «No hablaré. No puedo, ni quiero hacerlo». ¿A qué obedecía aquello? ¿Se trataba de un capricho de orate, o simplemente era muda, y esto no había tenido tiempo de trascender? ¿Había perdido el habla, debido al *shock* sufrido, o era una simple estratagema diseñada por su abogado? Esto último era poco probable. Su detención era demasiado reciente como para que hubiera tenido tiempo de apelar al concurso de alguien que la defendiera. Además, ya había confesado. Y lo había hecho en un par de ocasiones. La primera de ellas, cuando a través del teléfono le recitó al policía que tuvo el disgusto de atenderla: «He hecho algo espantoso». Y la segunda vez, cuando previo a ser detenida, hizo un gesto de asentimiento, haciendo con ello que la palma de la mano de un oficial de policía se empapase de sudor. La razón de su mutismo, debía buscársela por otro lado. Así pareció entenderlo el juez, que tomando la lapicera con la que la mujer había escrito la enigmática frase, escribió debajo de esta: «¿Ha perdido el habla?». La mujer le respondió a su vez: «No. Pero no quiero hablar. Accedo a su interrogatorio, pero el medio debe ser el escrito». El juez tenía ahora, dos opciones. Finalmente optó por la de resignarse, y así, siguiéndole el juego a aquella peculiar detenida, sostuvieron ambos un *diálogo*, que no decía tener muchos antecedentes en los anales de la instrucción criminal.

Aquel curioso intercambio epistolar, reveló que la mujer tenía cuarenta y cinco años, que había estado casada y tenido tres hijos. En este punto, el juez debió apelar a toda su imaginación para hacer que en el esquema que se había forjado *a priori* (ya le habían adelantado los policías encargados de hacer el macabro hallazgo, que las víctimas eran tres: el marido y los dos hijos del matrimonio) ingresara una nueva pieza. «Además de su esposo, había un muchacho de diecinueve años, y una chica de dieciséis, todos muertos. Usted habla de un tercer hijo. ¿Dónde está él?».

Contestó la mujer:

—Él, no. Ella. Es una niña. Tiene cinco años, y no sé dónde está.

—¿La mató también?

—No.

—¿No?

Respondió dudando:

—No lo sé.

—¿No lo sabe o no recuerda?

—No recuerdo.

—Pero sí recuerda que mató al resto de su familia.

—Vagamente.

—¿Vagamente? ¿Podría explicar mejor los alcances de este término?

—Vagamente... quiere decir que no recuerdo con exactitud haberlo hecho.

—Le recuerdo que ya confesó.

—Sí. Ya confesé. Lo tienen todo. ¿Qué más quieren? ¿Por qué ese afán de torturarme?

—¿Sabe que puede ir a la cárcel por muchos años?

—Lo sé.

—¿Por qué lo hizo entonces?

—Eso no se lo puedo decir.

—¿Tuvo un ataque de locura?

—Tal vez.

—¿Por celos?

—Si piensa que lo hice porque mi marido me engañaba, descártelo. No fue ese el motivo.

—¿Cuál fue?

—Ya dije que no se lo diré.

—Vamos a necesitar un móvil.

—Descíbralo.

—¿Y la pequeña?

—Déjela a ella en paz.

—Quiere decir... ¿que descanse en paz?

—No dije eso.

—Pero se podría presumir que también a ella... usted sabe lo que quiero decir.

—Simplemente... no lo recuerdo.

—Tendremos que buscarla, ¿sabe? Viva o muerta tiene que estar en alguna parte.

—Sí. En alguna parte.

Y escribiendo esto, renunció la mujer a seguir haciéndolo. Dejó la lapicera, y de nuevo se encerró en ese mutismo tan característico en ella.

—Prepararé una confesión, ¿querrá firmarla? —dijo el juez.

La mujer no dijo nada. Tan solo se encogió de hombros.